

CARLOS, SISI

PANTEÓN

CONCIENCIA DESCARNADA



Pues... ya está Os presento PANTEÓN: CONCIENCIA DESCARNADA, un relato largo de casi noventa páginas que ocurre varios meses ANTES de los acontecimientos relatados en la novela PANTEÓN. Es, por tanto, un PANTEÓN 0.5. «Conciencia Descarnada». Recoge cierta peripecia que los chatarreros Ferdinard y Malhereux vivieron en cierta ocasión Es gratuito, de libre distribución, y podéis hospedarlo, imprimirlo y compartirlo donde y cuando queráis. Y disfrutarlo... Eso me gustaría ¡Es vuestro!

*Para todos los que miran hacia fuera. Para todos
los que miran hacia dentro.*

A nosotros: A las estrellas.

A ti en especial Inma.

I

—No me lo creo —dijo Ferdinard, mirando los datos de la pantalla principal con ojos atónitos—. No puede ser.

Malhereux se había levantado de su asiento para dar una serie de brincos por la Sala de Gobierno.

—¡Te lo dije! —exclamaba, eufórico—. ¡Sabía que no me equivocaba!

—Déjame comprobarlo otra vez —soltó Ferdinard.

Por tercera vez, el chatarrero operó la consola, solicitando al ordenador que desplegara en pantalla los datos cartográficos de la zona. El mapa galáctico del cuadrante se desplegó con rapidez; una serie de puntos luminosos se movían suavemente para representar sus órbitas respectivas, circundadas por pequeños iconos que ofrecían cumplida información sobre su composición y geología. Lo mostraba todo en varios cientos de miles de kilómetros alrededor: cada pequeño astro, todos los satélites naturales, todo.

Todo, menos el complejo de asteroides que tenían delante.

—No aparecen —susurró Ferdinard con asombro.

Malhereux soltó una carcajada, frotándose las manos.

—Lo sabía. Sabía que los datos eran buenos.

—Pero ¿cómo? En serio, ¿quién puede tener la capacidad de eliminar datos así de la Red Cartográfica?

—Y qué más da —dijo Malhereux, volviendo rápidamente a su asiento. Movié las manos con agilidad por la consola y una serie de diagramas esquemáticos, circunvalados con iconos y números en rojo aparecieron en el moni-

tor—. Mira los datos: está muerto. Abandonado. No hay ninguna señal de... nada. ¡Tan abandonado como nuestro!

—No, en serio —dijo Ferdinard, preocupado—. Tenemos un complejo minero ahí delante que no aparece en las Cartas de Navegación. No aparece en ningún maldito mapa... Quien quiera que haya hecho eso tiene accesos restringidos tan... alucinantes... que me da vueltas la cabeza.

—Lo que sea —comentó Malhereux—. Pero los datos son los datos, y esa preciosidad está... muerta. Es mejor aún. ¡Ni siquiera existe! Lo has visto como yo, la petición de Registro no ha dado ninguna respuesta. ¡Es como si le hubiéramos pedido la identificación a cien gramos de basura espacial!

—Eso también es alucinante —exclamó Ferdinard, ceñudo.

Malhereux captó el tono de voz de su socio y se revolvió incómodo en el asiento.

—Oh, vale, venga... Suéltalo ya. ¿Qué te preocupa?

—No lo sé... —susurró Ferdinard—. Bueno, sí lo sé. Déjame ver... Sally, cámara de zona.

El panel principal cambió para ofrecer una perspectiva abierta del exterior de la nave; una imagen tan nítida que podría parecer una ventana abierta al espacio. En ella, el complejo minero se presentaba en toda su magnitud, con los pequeños edificios y estructuras construidos sobre los trozos de roca a medio socavar. Los colosales pilares sobresalían por todas partes como esqueletos metálicos, rodeados de un montón de basura espacial.

—Sally, panorámica amplia.

El ordenador de a bordo hizo retroceder la imagen para que pudieran ver toda la escena: un campo de asteroides en suspensión formado por grandes trozos de roca circunvalados por otros más pequeños. Los más grandes tenían estructuras anexionadas, pilares de extracción y plataformas de atraque para los cargueros. Malhereux miraba con ojos codiciosos, transformando todo lo que veía en núme-

ros que representaban créditos universales. Allí, un pequeño robot minero de treinta toneladas (con sus dos grandes brazos intactos, que eran la parte más costosa), flotando ingravido en mitad del espacio junto a una maraña de gruesos cables: cien mil créditos en el mercado negro. Un poco más allá, una lanzadera de carga en buen estado: setenta mil créditos más. Boyas de navegación flotando por doquier, decenas... cientos de ellas, a casi dos mil créditos cada una, sumaban una cantidad tan alucinante como sexy. Y eso sin contar los ordenadores, sistemas computerizados y estructuras esenciales que quizá habían dejado dentro de los edificios. Si se lo montaban bien y trabajaban rápido antes de que alguien detectara su presencia, podrían perfectamente conseguir la financiación que necesitaban para comprar nuevo equipo y, quién sabe, quizá hasta el robot Centurión que habían estado codiciando desde hacía tiempo.

Malhereux casi podía oler el brillante metal blanco de su poderosa coraza.

—No me gusta —soltó Ferdinard entonces—. ¡Mira eso! Hay un montón de material valioso por todas partes... demasiado material. Demasiado. Puedo comprender que alguien decida dejar uno o dos robots en mal estado, o un ordenador averiado: a veces, desmontarlo, recuperarlo, transportarlo y repararlo es mucho más costoso que, simplemente, dejarlo ahí. Y nosotros vivimos de eso. Así funcionan las cosas. Pero esto... —negó con la cabeza—. Las instalaciones no se abandonan de esta manera, Mal. Cuando una explotación minera no es rentable, se llevan hasta los cables de soporte que suele haber detrás de los paneles, si pueden.

—¿No es fantástico? —preguntó Malhereux con una sonrisa.

Ferdinard negó con la cabeza. Malhereux siempre se comportaba así cuando se trataba de hacer dinero, demasiado optimista, impulsivo y hasta inocente. Donde su com-

pañero veía una oportunidad, él veía peligro. Donde uno veía negocio, el otro veía riesgo. Eran el contrapunto perfecto, y por ese único motivo seguían vivos y en el negocio.

—No, no lo es —soltó Ferdinard—. Si es demasiado bueno para que sea verdad, probablemente no sea tan bueno, o no sea verdad.

Malhereux se revolvió en su asiento.

—De verdad, eres... ¡eres imposible! —soltó, ahora algo enfadado—. ¿No te lo he explicado ya?, ¿no te he demostrado que el lugar existe, aunque no aparezca en los mapas?

—Eso, quizá, es lo que más me preocupa. ¿Sabes el nivel de autorización que se requiere para modificar, mucho menos falsear, las Cartas de Navegación Universales?

—Bueno, ¿y qué?

—Esto no es una explotación minera cualquiera —dijo Malhereux—. Es una especie de... secreto, un escondite, algo tan imposible que me da escalofríos. Me pregunto por qué.

—Mira —dijo Malhereux, girándose en su asiento para encararlo—. De eso se trata. Una empresa minera tiene un cotarro alucinante, pero no quieren invertir pasta en la protección que estos lugares requieren... Es demasiado dinero, demasiado follón. Así que sobornan a alguien y consiguen que el lugar, simplemente, desaparezca de los mapas. ¡Ya está! Se hacen invisibles. Punto. Ningún pirata espacial se acercará a este lugar. No es... interesante, simplemente, no está en las rutas, no es un lugar de paso de ninguna parte hacia ninguna parte.

—Sigo diciendo que...

—Déjame terminar —dijo su compañero con rapidez—. Así que la empresa hace su trabajo y extrae toda la mierda que estuvieran buscando aquí. Y cuando terminan... se toman su tiempo para desmontar sus cosas y llevárselas. No tienen prisa, ¿para qué, si el lugar no existe, de todas maneras?

Ferdinard pensó en eso durante unos instantes.

—Puede ser... —acabó admitiendo—. Puede ser. Puede que estén montando las infraestructuras esenciales en algún lugar cercano —añadió con tono reflexivo— y quieran trasladar todas sus cosas desde aquí, cuando esté montado.

—¿Lo ves? —preguntó Malhereux, ahora más satisfecho otra vez. Giró la cabeza para mirar la pantalla, con los ojos iluminados por la promesa de varios cientos de miles de créditos resonando en su cabeza. Cientos de miles, o incluso más... A medida que miraba y descubría nuevos elementos potencialmente extraíbles, la cifra iba incrementándose de forma geométrica—. Sagrada Tierra, Fer... Aquí podría haber casi un millón de créditos fácilmente, quizá más.

—Puede ser —repitió Ferdinard—, pero hagamos las cosas bien. Emitamos una señal de socorro antes de acercarnos, por si han dejado algún sistema de seguridad que no podamos detectar.

—Espera —dijo Malhereux—. Si hacemos eso, estaremos... estaremos diciendo que admitimos que el lugar podría estar ocupado y activo.

Ferdinard inclinó la cabeza suavemente.

—¿Y...?

—Pues que, si nos llevamos cosas, estaremos admitiendo culpabilidad. Un robo.

—Oh, entiendo —dijo Ferdinard—. Vale, está bien, bien pensado. Registra en Bitácora que hemos escaneado el lugar y no hay ningún signo de actividad, ni orgánico, ni mecánico, ni ninguna señal de ningún tipo. Y registra también que la Solicitud de Identificación fue negativa. Si no se identifican, están diciendo que aquí no hay ninguna propiedad de ningún tipo. Es... basura espacial.

—Basura espacial —susurró Malhereux ensimismado—. Cómo me gusta, a veces, este trabajo.

II

Sally, que se llamaba así por el número de identificación que aparecía con caracteres de casi dos metros en su fuselaje, el 5411Y, comenzó a acercarse lentamente a la plataforma de anclaje de uno de los asteroides de mayor tamaño. Era allí donde estaba construido el centro de explotación, el grueso de las estructuras humanas. No obstante, sin ningún contacto con la base minera y sin las coordenadas necesarias, la operación de atraque resultaba hartamente complicada. La mayoría de los pilotos que circulaban esos días por el espacio profundo ya no se atrevían a realizar ese tipo de maniobra sin la asistencia del ordenador, pero Malhereux era diferente: a él le gustaba volar y manejar a Sally en modo manual y lo hacía a menudo, utilizando los grandes mandos del panel principal para gobernarla. Tenía un encanto especial; despertaba en él la sensación de que controlaba su propio destino, como si él fuera la nave y no una carga más en su interior: El Gobernante Maestro, como en los viejos tiempos. Era, por supuesto, una operación delicada; el fuselaje de Sally distaba mucho de contar con blindajes especiales y un arañazo contra la roca podría resultar en costosísimas reparaciones por no mencionar el hecho de tener que quedarse en tierra durante varios ciclos.

Pero Sally viró suavemente y empezó a girar para acercarse a la escotilla con una precisión tan espectacular que nadie que observase la escena desde el exterior hubiera dicho que no estaba siendo dirigida por una máquina.

Ferdinand miraba la pantalla con los ojos entrecerrados. Malhereux era un gran piloto, pero esos momentos siempre

le hacían estar nervioso.

—Tres grados más, Mal...

—No, va bien —respondió Malhereux, concentrado. Tiraba de las palancas con extrema suavidad, aplicando pequeños ajustes correctores en la velocidad y el ángulo de la nave.

—¿Seguro? Yo veo tres grados...

—Seguro. Déjame a mí.

Ferdinard se mordió el labio inferior. Su compañero podía ser impulsivo y hasta algo alocado, pero en cuestiones de gobierno de naves, él se había equivocado otras veces. Le dejó hacer.

Fueron unos segundos tensos hasta que Sally se detuvo con un chasquido metálico. En un par de segundos, las cabezas de puente se desplegaron y se apresuraron a conectarse con la escotilla de ataque del complejo. Cuando el panel principal se iluminó con una señal verde, supieron que estaba hecho.

—Y... *voilà* —exclamó.

Ferdinard suspiró.

—Perfecto —dijo—. Si fueras tan gracioso como buen piloto... amigo, esto sería un circo.

Malhereux soltó una carcajada.

—Vamos a vestirnos —dijo al cabo, sacudiendo la cabeza.

III

La puerta lateral de Sally se desplegó con un chasquido hidráulico, revelando el puente hacia la escotilla. Los chata-rros, vestidos con sus trajes preparados para el espacio profundo, se acercaron a la puerta. Malhereux extrajo una suerte de conector grueso del lado de la puerta, una boca redonda con dientes metálicos unida a un cable.

Resultaba del todo imposible abrir la escotilla sin energía, pero todos los sistemas de conexión con el exterior tenían un pequeño compartimento para tomar energía; una pequeña prevención para esos casos en los que una instalación tenía un problema con el suministro energético. Malhereux conectó el cable cuidadosamente hasta que produjo un sonoro *click*.

Esperaron.

—¿Nada? —preguntó Ferdinard, sujetando las cintas del macuto que llevaba a la espalda.

—Es raro.

Ferdinard miró hacia atrás. Allí, más allá del umbral, las luces de las consolas dispuestas por las paredes permanecían encendidas.

—Espero que no nos chupe toda la energía, como aquella vez.

—Nah... —exclamó Malhereux—. Instalamos aquellos inhibidores de seguridad, ¿te acuerdas? Sally no dejará que le chupen la sangre.

—Bueno, no sabemos si funcionarán.

—Funciona —se apresuró a decir Malhereux—. Es solo que parece que le esté...

En ese momento, la puerta de acceso se deslizó horizontalmente, sin producir apenas sonido, y la oscuridad, al otro lado, se retiró a duras penas mostrando volúmenes difusos que se distribuían por la sala. Casi en el acto, la entrada hacia Sally se cerró con un traqueteo mucho menos elegante.

—Genial —dijo Ferdinand—. Nada de aire, ni gravedad.

—Bueno, ya lo sabíamos —exclamó Malhereux—. No hay ni una pizca de energía en todo el maldito campo de asteroides. Pero no pasa nada, los trajes nos mantendrán pegados al suelo.

—Gracias por los pequeños favores —dijo Ferdinand, y luego añadió—. Luz del traje.

Dos pequeños haces de luz se desplegaron rápidamente, brotando de unos diminutos diodos ubicados en el hombro. Parpadearon brevemente y ganaron intensidad con rapidez.

—Luz del traje —repitió Malhereux—. Veamos qué nos encontramos.

Pasaron al otro lado y dejaron que la luz barriera la estancia. Era un muelle de atraque convencional: había trajes encerrados en pequeñas cabinas, asegurados en las paredes, contenedores dispuestos en columnas, una estructura central con un asiento circular que la rodeaba y un pequeño mostrador de recepción.

Y había cosas flotando por toda la sala. Sin gravedad, la sala estaba llena de pequeños trozos de cable, herramientas, pequeños utensilios, un par de desvencijadas botas a las que les hacía falta una jubilación y otras cosas menos evidentes. Resultaba una visión inquietante, el escenario típico de una instalación que hubiera sido atacada por piratas espaciales. Ferdinand y Malhereux habían visto unas cuantas en su vida, y no era agradable.

Ferdinand consultó la consola que se desplegaba en su antebrazo.

—Empecemos —dijo—. A ver qué dice Sally.

Mientras tanto, Malhereux miraba alrededor, haciendo cálculos mentales con cada pequeña cosa que veía. Todo tenía un valor; todo era susceptible de ser llevado a la nave y vendido en el mercado negro, empezando por los trajes espaciales y terminando por los contenedores, que a buen seguro contenían equipo técnico para realizar pequeñas operaciones de mantenimiento en el exterior. Allí tenían trabajo para muchos, muchísimos ciclos, si les dejaban; podía ser su pequeña mina dentro de una mina, suficiente para cubrir la cuota por un larguísimo periodo de tiempo. Pero sabía que era arriesgado; cada hora que pasaban allí dentro incrementaba las posibilidades de que fueran sorprendidos. Sally tenía los mejores sistemas de sondeo que existían en el mercado y los mantenían todo lo actualizados que podían permitirse porque resultaban absolutamente esenciales para su trabajo, pero la tecnología mejoraba con cada ciclo y siempre resultaba posible que existieran alarmas silenciosas que alertaran a la compañía minera de la presencia de intrusos. Los trajes estaban bien, desde luego, pero tendrían que empezar por las cosas más valiosas: Ordenadores, consolas, servidores, robots... ahí era donde estaba el negocio. Limpiarían el lugar de dentro a afuera, empezando por los sistemas y acabando por los robots, cabezas de extracción y las naves de carga. Créditos. La cabeza de Malhereux daba vueltas.

—Ya está —dijo Ferdinard—. No hay agentes químicos ni bacteriológicos. ¡Perfecto!

Malhereux se encogió de hombros.

—Me hubiera sorprendido —dijo, pensando en la ausencia de aire.

—Yo me quedo más tranquilo, de todas maneras.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó Mal.

Los haces del traje de Ferdinard iluminaron las puertas que salían de aquella sala, pero ninguna tenía símbolos ni indicaciones de ningún tipo, lo que resultaba algo raro. Había una normativa básica universal que se debía atender, y

las puertas debían estar debidamente marcadas para su identificación. Le extrañaba que aquella instalación hubiese pasado la Certificación.

—Al Centro de Mando, si podemos encontrarlo —respondió entonces—. Si podemos instalar unas cuantas células de energía puede que podamos tener luz aquí dentro.

—Y gravedad —exclamó Malhereux—. Me jode la sensación que tienes cuando no hay gravedad, a pesar de los trajes. Es como si tuvieras el estómago metido en el culo.

Ferdinard soltó una carcajada.

IV

Recorrer una instalación en esas circunstancias siempre era un viaje emocional, pero Ferdinand estaba cada vez más intranquilo. No parecía un lugar que hubieran clausurado al terminar un trabajo, un lugar que había terminado su actividad esencial y donde el personal había sido trasladado con sus pertenencias. En esas circunstancias, todo el equipo se recogía y se almacenaba convenientemente, mejor o peor, pero no se dejaba encima de las mesas como si fuesen a ser usadas al día siguiente. Había cosas que le hacían pensar que se trataba, más bien, de un lugar que hubieran abandonado precipitadamente, y apenas acababan de empezar el recorrido.

—Hay un montón de cosas aquí —decía Malhereux entusiasmado.

—Hay... demasiadas cosas —exclamó Ferdinand. Los haces de su linterna estaban enfocando una pequeña oficina que se abría a un lado. Estaban ahora en una sala rectangular, una suerte de avenida alargada con dos alturas y pasillos elevados a ambos lados, como los de una cárcel pero mucho más ancha. Había sillas y pantallas por todas partes, y puertas alineadas en las paredes. Parecía un barracón para el personal con un área de esparcimiento en el centro.

—Mira eso, hombre —añadió Fer.

Era un pequeño contenedor con uniformes sucios. Estaba abierto y la ropa colgaba de sus bordes.

—Uniformes de trabajo —comentó su socio.